CAPITULO XX.

ESTADO DE SAN LUIS POTOSI

LUCHAS CON LOS NATURALES—CAUSA QUE ORIGINÓ LA FUNDACIÓN DE SAN LUIS—SU ESTADO ACTUAL.

AN Luis Potosí, Estado de notable importancia y de una forma en extremo irregular, colinda con Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Veracruz, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, Jalisco y Zacatecas. Su extensión superficial es de 65,586 kilómetros cuadrados, y su población de 568,449 habitantes. Está dividido políticamente en los 13 Distritos siguientes: Catorce, Moctezuma, Salinas, San Luis Potosí, Guadalcázar, Cerritos, Santa María del Río, Río Verde, El Maíz, Hidalgo, Valles, Tancanhuitz y Tamazunchale. Su capital es San Luis Potosí, situada á los 22° 9′ 9″ de latitud Norte, y á 1° 51′ 5″ de longitud Oeste del Meridiano de México. Su altura es de 6,119 pies sobre el nivel del mar, y su población de 69,050 habitantes. Dista de Laredo, Texas, 766 kilómetros por el Ferrocarril Nacional Mexicano, y 584 kilómetros de la Ciudad de México; y por el Ferrocarril Central Mexicano, dista 444 kilómetros de Tampico, 224 de Aguascalientes y 810 de la Ciudad de México.

Dos grandes cordilleras de montañas recorren el territorio de este Estado: una de ellas, que pasa por su parte media en dirección de Sur á Norte, es la prolongación de la Sierra Gorda, que termina en Nuevo León; y la otra, que sigue por el Este, está formada por la Sierra Madre Oriental. Se distingue la primera por sus grandes escabrosidades, especialmente en la parte del Sur y del Suroeste; sus eminencias principales son los cerros y serranías de San Luis, Bocas, Venado, Guadalcázar, Coronado, Charcas, Catorce y otras. La segunda, ó sea la región de la Sierra Madre Oriental, ofrece contrastes naturales mucho más interesantes y atractivos; sus extensas cañadas é imponentes barrancas se ven pobladas por una espléndida vegetación, y se confunden en esta privilegiada región los frutos de la zona templada y la caliente. Es la Huasteca Potosina, verdaderamente rica sobre toda ponderación. Las principales alturas en esta región, son las sierras de Tamazunchale, Jilitla, Tancanhuitz, el Maíz y Naola.

Entre las dos cordilleras citadas hay numerosos y dilatados valles, situados á gran altura en el centro del Estado, y á menor elevación hacia el Sureste. Es grandemente notable el contraste que ofrecen los terrenos áridos de la región septentrional y oc-

cidental, donde son muy escasas las aguas fluviales y llovedizas, con los fértiles y amenos de la meridional y oriental, donde tupidos bosques revisten las cordilleras y son ricas florestas las vegas de los ríos y en extremo productivas las campiñas.

Los principales ríos son: el Santa María, río Verde, el de Valles, el río del Salto, el de Pinihuana, Tampaón, el Tamurín, el Moctezuma y el Pánuco, que divide el Estado de San Luis Potosí del de Veracruz. Todos estos ríos riegan las indicadas feraces regiones del Sur y Sureste del Estado. En su parte Norte y del Pontente, en los Distritos de Salinas, Moctezuma y Catorce, se extienden las elevadas y áridas llanuras del Salado, cruzadas por serranías de escasa elevación, como las de Rayón, Sabino y las Animas; estos terrenos no son nada propios para la agricultura por la escasez del agua á que ya nos hemos referido; pero en otro sentido son muy ricos, pues hay distribuidas en ellos como unas ciento cincuenta lagunas, cuyas aguas se hallan fuertemente impregnada de cloruro de sodio, borato de sosa y otras sales, constituyendo así unas de las salinas más ricas de cuantas hay actualmente en explotación en el país.

Entre las bellezas naturales que ofrece el rico suelo del Estado, deben mencionarse dos cascadas que forman los ríos del Salto y de Pinihuana. La formada por el río del Salto se precipita desde una altura de 75 metros por entre el tupido follaje de las plantas, para formar después una sucesión de pequeñas cataratas escalonadas, alternando con las rápidas corrientes que aumentan los encantos de aquel paisaje. El río de Pinihuana, que es afluente del río Verde, se precipita igualmente de gran altura y con gran violencia, formando otro salto sorprendente.

A estas bellezas hay que agregar las que ofrecen en su seno las montañas de formación caliza, particularmente abundantes en la Sierra de Guadalcázar, tales como las cavernas y grutas de San Cayetano, las Cabras, Tule y Muertos, en las que se admiran hermosas concreciones.

Las principales cordilleras que recorren el territorio del Estado, se hallan cruzadas por vetas metalíferas más ó menos ricas, que han producido cuantiosas sumas. Los importantes asientos de minas, son los que siguen:

Mineral del Cerro de San Pedro, con criaderos de hierro, plomo, manganeso, arsénico, plata y oro.

Mineral de Bernalejo, al Oeste de Reyes, con ricas vetas de plata.

Mineral de Catorce, uno de los más opulentos; sus minerales pueden reducirse á tres clases: plata nativa, arriñonada y laminar; cloruro de plata ó plata córnea, y plata sulfúrea.

Mineral de Charcas, vetas de plata sulfúrea en grande abundancia, y algunas otras variedades, bastante ricas todas.

Mineral del Sabino, vetas de metales platosos, plata gris, galena argentífera y carbonato de cal con riquísimos ojos de plata gris antimonial.

Mineral del Peñón Blanco, cuya importancia consiste principalmente en sus innumerables salinas. Lo mismo puede decirse del lugar llamado Laguna del Tapado.

Mineral de Ramos, vetas de plata nativa.

Mineral de Guadalcázar, ricos asientos de minas de plata agria, sulfúrea y nativa, así como de cobre, hierro y plomo.

Existen además en otros puntos placeres de oro, y abundantes criaderos de cinabrio

y azufre. Hay también finas canteras, alabastro, ónix, mármol blanco y de colores, topacios, ópalos y ágatas.

En materia vegetal se encuentran allí: pino, encina, guayacán, mora, palo blanco, caoba, oyamel, ébano, rosa, palo gateado, palo escrito, fresno, perú, madroño, saúz, álamo, tepehuaje, nogal, nazareno, ceiba, zapotillo y otros muchos.

Entre sus muchos árboles y plantas tintóreas pueden citarse: el brasil, la mora de varias clases, el palo azul, el achiote y el añil. Y entre sus plantas textiles, el algodón, lino, ramié, y sobre todo el ixtle, cuya explotación es ya muy considerable.

Entre las frutas que allí se producen, figuran: las manzanas, peras, duraznos, chavacanos, zapotes blancos, aguacates, naranjas, limones, limas, nueces, higos, uvas, capplines, moras, membrillos, granadas, tunas, plátanos, piñas, ciruelas, mameyes, ano as, tamarindo, etc. La vid silvestre se produce en muchos lugares.

Sus principales productos agrícolas, son: maíz, trigo, cebada, frijol, haba, chile, arvejón, garbanzo, papas, toda clase de legumbres, y en terrenos de la Huasteca: arroz, café, vainilla, algodón, tabaco, caña de azúcar, cacao, sagú y azafrán.

La cría de ganado forma también un rico ramo de explotación.

La rica y extensa región que hoy constituye el Estado de San Luis Potosí, parece que carecía de nombre antes de la conquista, y que en toda ella no existía población ninguna; sólo había sido recorrida quizás por tribus errantes, de paso para otras partes. El Imperio Mexicano no se extendió nunca más allá de la Huasteca.

Pero cuando el trono del bravo Cuauhtemoc quedó convertido en mil escombros; cuando la noticia de la toma de Tenochtitlán, que cundió con increíble rapidez, dejó á todos asombrados y suspensos, mientras algunos de los pueblos sujetos al Imperio se apresuraron á dar obediencia á Cortés y otras comarcas se mantuvieron quietas y en acecho de lo que pudiera suceder, muchas tribus fueron alejándose poco á poco hacia el Norte, á lugares menos amenazados por los conquistadores, y el territorio del Estado de San Luis Potosí fué uno de los elegidos por ellas.

Pareció al principio á los naturales del país como un sueño, que el poderoso Imperio Mexicano hubiese sido sojuzgado; que aquella ciudad tan potente se viera allanada, y que aquellos bravos é indómitos guerreros resultaran vencidos. Los que tanto habían logrado conseguir no podían menos que ser considerados como seres sobrenaturales. Pero pasado el primer estupor de la derrota, y cuando Cortés mandó embajadores á las provincias remotas ó independientes, á fin de que dijesen á los reyes que pues había acabado el imperio de Motecuhzoma y había pasado á poder del rey de los cristianos, si obedecían á éste serían bien tratados, muchos de los habitantes de aquellos pueblos se encastillaron en ásperas montañas y se prepararon á defender su independencia, con todo el vigor, con toda la energía propia de su raza.

La conquista no había terminado pues con la toma de la capital del Imperio.

La conquista española, que en un principio tuvo por principal y único objeto la destrucción del Imperio Mexicano y la ocupación de su capital, volvió después de logrado esto sus armas contra aquellos países que gozaban mayor fama de riqueza y que por su estado social eran hasta cierto punto más fáciles de dominar. Cortés fué el destructor de Tenochtitlán; Michoacán y Jalisco fueron reducidos por el inicuo Nuño de Guzmán, y los capitanes de éste redujeron á Zacatecas, Sinaloa y Sonora. Los colonos

se desparramaron por esos lugares en busca de oro—móvil principal de la conquista y en las cumbres de las montañas se fundaron numerosos *reales de minas*, tan difíciles de proveerse de los elementos de vida, como abundantes en los codiciados metales.

Pero los chichimecas, gente feroz, desnuda y sin habitación ninguna, con los que habían hecho alianza otras tribus que con motivo de la conquista habían abandonado la vida social y se habían remontado á las montañas, como ya se ha dicho, atacaban en los caminos á los viandantes, se arrojaban más tarde sobre las poblaciones, y hacían una guerra sin cuartel á los extranjeros venidos del Orien te destruir sus hogares, á despojarlos de sus haberes y á esclavizarlos, guerra que tenía por carácter distintivo una crueldad refinada.

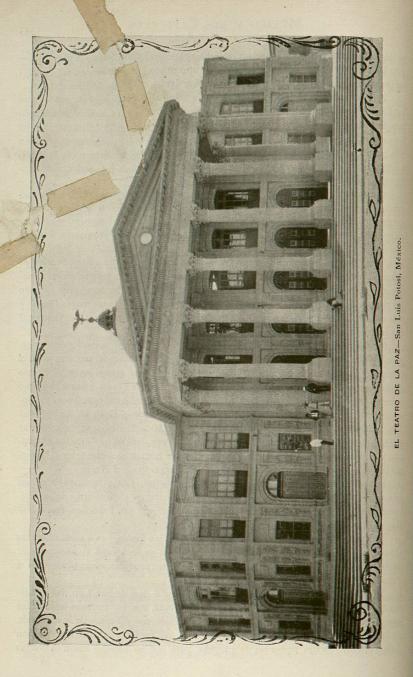
Con el fin de dejar expedito el camino que conducía á las minas de Zacateras, que estaban produciendo enormes riquezas, se establecieron de trecho en trecho casas fuertes con alojamientos para soldados encargados de dar escolta á los viajeros; pero no siendo esto bastante, se pensó en colonizar. D. Luis de Velasco, el primero, fundó á San Felipe y San Miguel el Grande; luego en 1750, D. Martín Enríquez fundó á Celaya, y D. Luis de Velasco, el segundo, encargó á los franciscanos y después á los jesuitas, la reducción de los bárbaros hacia Querétaro, de donde resultó el establecimiento de San Luis de la Paz y otros lugares. Así se fueron estrechando poco á poco las tierras ocupadas por los indios, viéndose éstos obligados á irse retirando más y más cada vez rumbo al Norte, pero siempre sin abandonar su activa y sangrienta lucha contra los conquistadores.

La violenta situación en que estas tribus guerreras lograron tener al gobierno español durante setenta y tres años, no podía prolongarse mucho más; por una parte el crecimiento de las colonias y pueblos que se fundaron, y por otra el estrecho círculo militar en que los virreyes encerraban á los indios, obligaron á éstos á hacer el último esfuerzo para recobrar su libertad, en 1588, guerra que resultó tan estéril para su causa, como las demás. Al año siguiente hicieron las paces con el Gral. D. Rodrigo del Río, facultado por el gobierno español para ello. En la capitulación se estipuló que aquellos belicosos naturales prestarían obediencia al rey, con tal que éste los alimentara y vistiera por cierto número de años; los que se rehusaron á entrar en el convenio fueron tenazmente perseguidos hasta que se internaron en el Norte.

Sosegados los indios comenzaron á entregarse de paz, y bajo la custodia de los misioneros franciscanos, se establecieron en muchos puntos y entre otros de los pertenecientes á San Luis, en San Miguel Mexquitic, Valle de San Francisco, Santa María del Río y Venado.

En 1590 se descubrieron las minas del Cerro de San Pedro, y este acontecimiento dió origen á la fundación de San Luis, al que después se le agregó el sobrenombre de Potosí, por la abundancia de oro que su dicho Cerro producía, asemejándose así al Potosí de Rolivia

El lugar escogido para la fundación de la Ciudad ó Real de San Luis, fué el mismo donde está hoy el templo de la Compañía de Jesús, con los terrenos adyacentes que ahora se denominan Barrio Nuevo, y en los cuales, poco después de la fundación de la ciudad, existían varias huertas. La distancia que mediaba entre el Real de San Luis y el Cerro de San Pedro era de 4 leguas, pero por no haberse encontrado agua



á menor distancia de las minas, fué preciso hacer la fundación en el lugar citado.

El pueblo prosperaba merced á sus abundantes minas; voló su fama y allí acudió de todas las ciudades y demás Reales de minas tal número de gentes, que la población creció considerablemente en muy corto tiempo. Un indio fué quien descubrió á un padre franciscano la existencia del riquísimo tesoro, el religioso dió aviso de ello á las autoridades locales y éstas se aprovecharon de él en el acto.

El progreso de San Luis Potosí fué constante desde el día en que se comenzaron á explotar sus minas hasta el completo hundimiento de las mismas, que comenzó en 1608 y terminó en 1622.

A este propósito, el Alcalde Mayor de San Luis, D. Alonso Muñoz de Castiblanqui, decía en su informe al virrey, que la principal causa de la ruina del Mineral, se debió á que por diferentes partes se hundió el cerro en que estaban las minas, á causa de la fragilidad del terreno, de las grandes excavaciones y de la mala forma en que sus antiguos dueños trabajaron, y que la abundancia de tepetate con que estaban azolvadas hacía imposible ademarlas.

Según el mismo informe, la riqueza de aquellas minas fué tal, que en el espacio de treinta y dos años corridos desde su descubrimiento en 1590 hasta su total hundimiento, rindieron á la Real Audiencia, en quintos y diezmos, más de \$16.000,000, y todavía era tal la riqueza al tiempo del último hundimiento, que se extrajo del mineral la suma de 120,249 marcos de plata y oro.

Con el hundimiento de las minas del Cerro de San Pedro, San Luis se paralizó en su progreso, pues muchos de los que habían hecho fortuna se alejaron á disfrutar de ella á otras partes.

Hasta entonces, la población había crecido poco, y durante dos siglos, su parte activa ó principal estuvo reducida de Norte á Sur, desde la Alhóndiga hasta donde estuvo el convento de la Merced, ó sean trece cuadras, y de Oriente á Poniente sólo se contaban siete. Esto era la ciudad formalmente edificada; los huertos ocupaban entonces grandes extensiones de terreno. Las poblaciones de San Sebastián y San Miguelito estaban separadas por montes de palmas y mezquites, que ocuparon el sitio donde se extiende hoy la Calzada de Guadalupe. El notable templo que con esta advocación se levanta hoy y es uno de los monumentos de la ciudad, no existió sino hasta el último tercio del siglo XVIII; anteriormente sólo había en aquel sitio una ermita dedicada á la Guadalupana.

En 1656, el duque de Albuquerque concedió á San Luis el título de Ciudad, y este título fué confirmado por Felipe IV en 1658. El rango á que fué elevada la población la atrajo gran prestigio, porque se radicaron allí ricos comerciantes y aviadores de minas, y por la residencia de las autoridades superiores. Desde esa época comenzaron á construirse de manera sólida y artística sus principales edificios.

El templo parroquial se construyó de tres naves, sólido y grandioso; el convento de San Francisco, su templo y capillas se alzaron tal como hoy los vemos, y lo mismo sucedió con el colegio é iglesia de la Compañía de Jesús, con el de San Agustín, con el de la Merced, con el Hospital é iglesia de San Juan de Dios, con el magnífico templo del Carmen, con el colegio y templo de San Nicolás para niñas educandas, con el hermoso Santuario de Guadalupe, etc., etc.

En el orden civil se construyeron el Palacio Municipal, la Alhóndiga para el acopio de semillas, y la Caja Real, destinada á guardar los caudales del rey. Todas estas obras construidas durante siglo y medio, embellecieron y engrandecieron la ciudad notablemente.

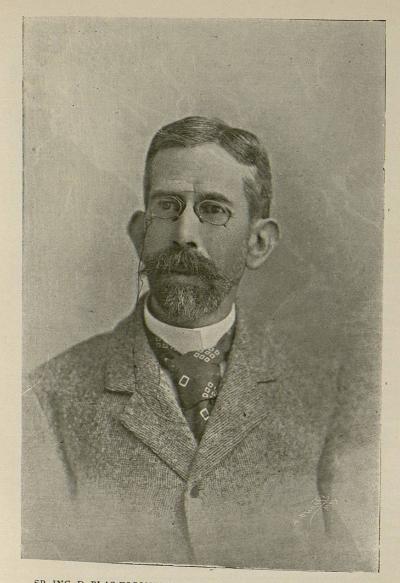
Aunque á la minería debió San Luis Potosí su existencia y por tan largo tiempo fué dicha industria su principal y único elemento de vida, una vez paralizada esta por el hundimiento del cerro que contenía el precioso metal, tuvo forzosamente que sufrir en sus progresos; pero el extenso y ameno valle en que se asienta la ciudad, la puso fuera de la ineludible ley del agotamiento de todo mineral. Cuando la plata y el oro faltaron, y tras un corto período de postración, su adormecido progreso cobró mayor aliento, porque contaba para ello con otros elementos ricos y más estables. Muchos de sus pobladores habían enriquecido con el producto de las minas, y una vez agotadas éstas, buscaron, ya en el cultivo de la tierra, ya en la cría de ganados, ó ya, en fin, en las transacciones mercantiles, el empleo de sus fortunas, y así fué creciendo y mejorando la ciudad.

Más tarde, en 1810, la guerra de Independencia vino á entorpecer de nuevo su adelanto. Durante los once años que duró la insurrección, San Luis recogió la parte que le tocaba en los trastornos que ella acarreó al país; la ciudad fué saqueada, sus habitantes diezmados por la guerra y perseguidos cruelmente en sus personas é intereses por el feroz y sanguinario Calleja. Estos males y los que después vinieron con la torpe é impolítica expulsión de los españoles en 1828, acabaron de postrar á la ciudad.

Pero una vez consumada la Independencia, San Luis entró en una nueva era de prosperidad, que si bien fué asimismo interrumpida con frecuencia por las discordias civiles que á aquella guerra se siguieron, se desarrolló muy notablemente más tarde, desde que entró el país en su período de regeneración, iniciado con el advenimiento al poder del Sr. Gral. Porfirio Díaz, era de prosperidad en la que sigue su existencia hasta el día la interesante capital potosina.

Esta es una ciudad aseada, de sano clima y deliciosa temperatura; sus calles son por lo general estrechas, pero bien alineadas, y no pocos los interesantes y hermosos edificios que á sus lados se levantan, así públicos como particulares. Entre estos mencionaremos tan sólo, el Palacio de Gobierno y el Palacio Municipal, en la Plaza de Hidalgo; el Instituto Científico, en la 4ª calle de Juárez; el nuevo y elegante Teatro de la Paz, cerca de la Alameda; la Penitenciaría y la Escuela de Artes, en la Calzada de Guadalupe; la Catedral, en la Plaza de Hidalgo; el templo del Carmen, una de las mejores obras de Tresguerras y de notable belleza arquitectónica, en la Plaza de Morelos; el de la Compañía, en la plaza de su nombre ó de Arista; los de San Francisco y Tercer Orden, en la Plaza de San Francisco; el de San José, frente á la Alameda, y el Santuario de Guadalupe, al fin de la calzada de su nombre. En la puerta mayor de este último hermoso templo atraen desde luego la atención del visitante, estas consoladoras líneas:

AQUÍ EL QUE PIDE RECIBE, EL QUE BUSCA HALLA, AL QUE TOCA SE LE ABRE.



SR. ING. D. BLAS ESCONTRIA—Gobernador del Estado de San Luis Potosi.

La Catedral se levanta en el mismo sitio en que existió la primera iglesia parroquial de San Luis, edificada con los donativos que para ello hicieron algunos de los mineros que supieron aprovecharse de los ricos tesoros que en sus entrañas guardaba el Cerro de San Pedro, que ya nos ocupó en las líneas anteriores. El templo primitivo resultó insignificante para las crecientes necesidades de la población, y no pudo llenar tampoco las aspiraciones de los aludidos ricos mineros que proyectaron su construcción; así fué que duró poco, pues á fines del siglo XVI se destruyó aquella obra, y en el mismo sitio se comenzó la construcción del templo actual, la que progresó muy lentamente, concluyéndose al fin y dedicándose en el año de 1737. Sirvió como parroquia hasta que San Luis se erigió en obispado, en 1853, por iniciativa de D. Antonio López de Santa-Anna, Presidente de México por aquel tiempo. Su primer obispo fué el Sr. D. Pedro Barajas, quien hizo su entrada en la nueva diócesis el día 24 de Abril de 1855.

El edificio no posee, á-nuestro juicio, ni las dimensiones ni la belleza arquitectónica que debiera tener el primer templo de una ciudad que ha alcanzado el grado de importancia que San Luis Potosí, y de una diócesis tan rica como aquella; sin embargo, no carece hoy de atractivos, merced á la reciente rica ornamentación que en su parte interior se ha hecho, con singular gusto artístico y sin ahorro ninguno de gastos, por disposición del Illmo. Sr. Montes de Oca, obispo actual de aquella diócesis.

Los principales paseos y jardines de la ciudad, son: la Plaza de Hidalgo, la Plaza de la Compañía, la Alameda y la Calzada de Guadalupe. A la terminación de esta calzada se yergue, como ya se ha dicho, el Santuario de Guadalupe, cuyas atrevidas torres son las que primeramente llaman la atención del viajero que se acerca á aquella capital. Las estaciones de pasajeros de los ferrocarriles Nacional Mexicano y Central Mexicano, se hallan ambas inmediatas á la Alameda.

San Luis Potosí es por su industria y su comercio una de las plazas más importantes de la República; por su población ocupa el 4º lugar, pues sólo la aventajan la Ciudad de México, Puebla y Guadalajara; por las comodidades que ofrece para la vida, no es inferior á ninguna de las de México; por el halagüeño porvenir que la espera, figura entre las primeras, y por su general aspecto y el carácter franco, comunicativo y sincero de sus habitantes, es de las más atractivas del país.

Con motivo del universalmente sentido fallecimiento del Gral. Carlos Diez Gutiérrez, que fué uno de los gobernantes más probos y progresistas que ha tenido San Luis Potosí, fué electo para ocupar el importante y distinguido puesto, que el tristísimo acontecimiento dejara vacante en Agosto de 1898, el Sr. Ingeniero D. Blas Escontría, persona de gran ilustración, de honrosos antecedentes é ideas progresistas, y que goza de muchas simpatías en todo el Estado. Aunque corto es aún el tiempo que ha transcurrido desde el día en que subió al poder, ya se han hecho aparentes las excelentes dotes administrativas que posee, y nadie duda ya que los destinos de San Luis Polosí han sido confiados á persona por todos conceptos digna y competente.